

El libro: ¿especie en extinción?

Jorge ANDUJAR

Los sorprendentes avances de la informática plantean nuevos retos a la sociedad moderna. La relación entre la computadora y el libro es uno de éstos. Los medios audiovisuales —se dice— van desplazando a los tradicionales medios impresos. En este esquema el libro, hijo predilecto del papel, estaría condenado a morir, víctima de la modernidad.

No siempre el libro ha materializado de manera exclusiva todos los frutos del intelecto. De hecho los primeros testimonios escritos de la humanidad se recogen en elementos distintos como la piedra y la madera. Las leyes de Solón se grabaron en madera; los 10 mandamientos de Moisés y las doce tablas de la Ley Romana se inscribieron en piedra. Luego, más tarde, aparecieron los pergaminos en base a piel de oveja y cabra. El papel surge históricamente mucho después, bajo el primitivo papiro, y durante siglos constituye el indiscutido componente natural del libro. En nuestros días la pantalla del ordenador pretende sustituir al papel y al libro como fuente de información: tal es la magnitud del desafío de las computadoras.

La Real Academia de la Lengua Española define al libro como la "Reunión de muchas hojas de papel cosidas y encuadernadas juntas y por lo común impresas". El libro es el todo, las hojas de papel la parte. Aparentemente sin papel no hay libro. La cibernética desvirtúa este concepto y asume un libro sin hojas, o cuando menos algo similar en cuanto contiene toda su información, todas sus características.

Hay libros sagrados como la Torá para los judíos o el Corán para los musulmanes, cuya importancia en la formación cultural de sus naciones son trascendentes. Pero, el libro en acepción cotidiana, tiene funciones diversas. La primera es como fuente inagotable de conocimiento y de información. Algunas veces, cuando resume una buena obra literaria, sirve también como medio de transmisión de belleza y arte.

El libro no es un fetiche. En el mercado abundan los malos libros. Por ello, Francisco de Quevedo en el prólogo de "La vida del Buscón llamado don Pablos" invoca a Dios para que cuide al lector de aquellos. Rosseau, por su parte, que escribió hermosas obras, pensaba que los libros eran nocivos para la educación de los jóvenes.

La expresión máxima del libro como dato es la

Enciclopedia. Desde la obra clásica inspirada por Diderot y D'Alembert a mediados del siglo XVIII, el libro-dato no tiene tan temible y acaso mortal enemigo: el CD ROM (Disco Compacto sólo para lectura de memoria).

Las posibilidades de expansión del CD ROM, nacido en 1983, son realmente enormes. En sus diminutas dimensiones de 12 c, de diámetro se pueden almacenar 680 megabytes de datos, lo que equivale aproximadamente a 150,000 páginas de texto o 5,000 imágenes gráficas, es decir, toda una vasta, kilométrica, biblioteca. Y si a ello le sumamos el manejo de audio y video con imágenes animadas, búsquedas inteligentes, reproducción automatizada que nos permite el CD ROM, comprenderemos cabalmente porque se piensa que el libro-dato se encuentra en proceso de extinción.

En EE.UU. empiezan a circular CD ROM sobre temas varios; diarios como el *Washington Post* han lanzado una versión digital de sus ediciones. Umberto Eco ha anunciado que se encuentra trabajando en consignar toda la Historia de Europa medioeval en un pequeño y sencillo disco compacto.

Pero, el libro como portador de belleza y armonía, aquel que enriquece nuestro espíritu y capacidad creativa, aquel que permite —según verso de Fray Luis de León— "retirarnos del mundanal ruido" hacia nuestro interior, persistirá no obstante los portentos de la cibernética. Y es que los libros subsisten por los lectores. Mientras éstos existan el libro no morirá.

En puridad, no son las computadoras, el láser o la TV los que hieren de muerte a los libros. Son la escasez y letanía de lectores sus verdaderos enemigos.

Pocos conocen el placer de la lectura de un buen libro. Muy pocos aún quienes se deleitan con relectura, aunque esto no sea posible pues la experiencia del lector y las circunstancias siempre se modifican. Es un placer vedado a los espíritus más finos. Una rara avis en nuestro medio cultural.

El placer de la lectura se mantendrá durante mucho tiempo en su expresión material del libro. Bryce Echenique ha definido magistralmente la causa: "la lectura es el único acto de soledad del hombre moderno" y esto —agregamos— es porque la lectura es fundamentalmente un acto



creador. Las computadoras, sin duda, se han insertado en el quehacer diario del hombre moderno.

Han modificado nuestros seculares hábitos. Un escritor de vieja data como García Márquez ha sabido utilizar, en sus últimas obras, la

invalorable ayuda de la computadora.

Pero, quien piensa que la informática y la creación literaria son incompatibles se halla en un error. Ultimamente, las redes internacionales de información han diseñado programas que estructuran toda una interesante y sugestiva novela omitiendo, de manera adrede, el final, de suerte que cualquier usuario de una computadora en el mundo, en la soledad de su máquina, la culmine conforme a su ingenio y talento. Este juego denominado "hiperficción", permite así la colaboración del hombre con la máquina.